

# Ortega y la "Psicología individual" de Adler. Una nota histórica\*

Helio Carpintero Capell

ORCID: 0000-0003-2759-1704

## Resumen

El trabajo presenta una serie de coincidencias que indican una gran afinidad entre varios aspectos del pensamiento de Ortega con las doctrinas filosóficas y psicológicas elaboradas por Alfred Adler en su sistema de "Psicología individual", construcción psicoanalítica propuesta por su autor como alternativa al sistema de Sigmund Freud. Se examina, con tal objeto, una entrevista realizada por el psiquiatra y escritor Oliver Brachfeld a Ortega (1931), donde este último señalaría sus principales puntos de acuerdo con las tesis del psiquiatra.

## Palabras clave

José Ortega y Gasset, Alfred Adler, psicología de Ortega, "Psicología individual", socialización, "hombre-masa"

## Abstract

The paper presents a series of coincidences that may be found between various aspects of Ortega's thought and some characteristic ideas of Alfred Adler's "individual psychology". They seem to indicate an affinity between both intellectual constructions. Adler's system was proposed by his author as an alternative to Sigmund Freud's psychoanalysis. It is also analyzed here an interview made by the psychiatrist and writer F. Oliver Brachfeld to Ortega (in 1931), in which the latter would have summarized his main points of agreement with the Adlerian thesis.

## Keywords

José Ortega y Gasset, Alfred Adler, Ortega's psychology, "individual Psychology", socialization, "mass-man"

Es de sobra conocido el hecho de haber favorecido Ortega el conocimiento y difusión en España de las obras de Sigmund Freud, al recomendar, e incluso prologar, la edición de las mismas iniciada por la editorial Biblioteca Nueva, en 1922.

Aunque expresó en varias ocasiones sus discrepancias con algunas de las tesis básicas del psicoanálisis freudiano, no es menos cierto que percibió muy

\* Texto basado en la ponencia pronunciada, el 16 de noviembre de 2011, en el Congreso Internacional *Ortega y Gasset. Nuevas lecturas. Nuevas perspectivas. A propósito de la nueva edición de sus Obras completas*. El Congreso contó con financiación del Ministerio de Ciencia e Innovación vía la Acción complementaria FFI2011-13002-E.

### Cómo citar este artículo:

Carpintero Capell, H. (2012). Ortega y la "Psicología individual" de Adler. Una nota histórica. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (24), 109-126.  
<https://doi.org/10.63487/reo.450>



pronto el interés teórico de aquella obra, como lo dejó expresado en sus páginas de exposición y crítica, publicadas en *La Lectura* en 1911, donde acertó ya en su título a condensar el núcleo de máxima problematización que para él presentaba el nuevo sistema psicológico: “Psicoanálisis. Ciencia problemática”. Esa problemática condición epistemológica, desde entonces hasta hoy, ha sido uno de los principales caballos de batalla con que han tenido que lidiar psicólogos y científicos, atraídos por los aciertos y sugerencias de la teoría, pero insatisfechos ante el conjunto de su construcción conceptual (Eysenck, 1986; Grünbaum, 1984).

Su interés por los aspectos dinámicos del psiquismo, las dimensiones no conscientes de la personalidad, el peso de la dimensión sexual en la conducta humana, y la esencial condición simbólica de las acciones y los gestos expresivos, fueron temas que atrajeron a Ortega, para los que supo encontrar desarrollos propios en su obra filosófica y en sus intuiciones sobre la vida humana.

No era el único en sentirse insatisfecho con aspectos concretos de la obra freudiana. Fue también el caso de algunos de los más notables y sobresalientes colaboradores del psiquiatra vienés, que terminaron por distanciarse y asumir un rol de “heterodoxos”, dentro del campo de la psicología profunda que Freud había puesto en la primera línea de la consideración intelectual. Ahí están para probarlo los nombres de Alfred Adler, y de Carl G. Jung, un tiempo discípulos eminentes, y personas del círculo íntimo psicoanalítico, luego expulsados de éste y forzados a seguir sus caminos con total independencia.

Ambos despertaron, cada uno a su modo, el interés del filósofo madrileño, si bien tenemos de ello testimonios bastante diferentes. Obras suyas fueron incorporadas a colecciones dirigidas por aquel. Así *Conocimiento del hombre*, de Adler, apareció en 1931 en la “Colección de Ideas del Siglo XX”, en la editorial Espasa Calpe; Jung fue incluido en el catálogo editorial de la Revista de Occidente, y también en las páginas de la propia revista. Con todo, la relación entre Ortega y Adler quedó más difuminada. Basta buscar el nombre del psiquiatra austriaco en los índices de las sucesivas ediciones orteguianas, incluida la última, para advertir que en ellos brilla aquel nombre por su ausencia.

Hay, no obstante, algunos elementos que evidencian el interés que aquella obra despertó en el filósofo madrileño, y conviene recordar su sentido y su peso a la hora de valorar adecuadamente el impacto que las doctrinas de la psicología dinámica, entonces en ascenso, tuvieron sobre su pensamiento.

Consideraremos aquí, pues, algunos de los más destacados nexos que aparecen entre la obra de estas dos grandes figuras del pensamiento del siglo XX.

\* \* \*

Como acabo de decir, hay una llamativa ausencia de menciones al psiquiatra en las obras de Ortega. En el listado analítico de la reciente edición, al igual que en los de las anteriores, no aparece ese nombre. Pero hay, por otro lado, un texto de gran interés, aunque no exento de problematismo, que ha tenido alguna circulación en revistas de psicología adleriana, y que vendría a subsanar aquella ausencia. Se trata de una entrevista con Ortega que publicó F. Oliver Brachfeld, psiquiatra húngaro asentado en España y luego en Hispanoamérica. En ella se incluye una declaración, en realidad un texto breve y entrecortado, en que el filósofo parece que manifiesta su afinidad con el pensamiento adleriano de forma muy explícita.

Por otro lado, hay algunas notorias coincidencias entre ambos sistemas, como trataré de hacer ver en lo que sigue. Y es, en fin, un hecho que en el primer tercio del siglo XX, cuando las ideas de la psicología profunda en sus varias versiones –freudiana, jungiana, adleriana– llegaron a difundirse por nuestro país, hubo aquí un singular movimiento de simpatía y coincidencia con las de este psiquiatra vienés, que parecían adecuarse bien a los problemas sociales tal como se los percibía desde nuestra tradición cultural, y que vendrían a formar el contexto en que situar la mencionada relación.

Comencemos, pues, considerando la declaración orteguiana a que nos hemos referido.

### La entrevista de F. Oliver Brachfeld a Ortega

Ferenc Oliver Brachfeld (1908-1967) ha sido una figura que alcanzó cierta notoriedad como psiquiatra divulgador y promotor del conocimiento de la obra adleriana entre lectores de lengua española.

Húngaro de nacimiento, fue filósofo y psicólogo, formado en París, y luego discípulo de Adler en Viena. Se instaló en España en los años que precedieron a la guerra civil, trabajando en Barcelona como autor y traductor, y mantuvo estrecha relación con Ramón Sarró, catedrático de psiquiatría de la Universidad de Barcelona. Después de la guerra, alternó su estancia en la península con permanencias más o menos largas en Venezuela y otros países latinoamericanos. Fue unos años profesor en la Universidad de Los Andes, en Mérida (Venezuela), y más tarde obtuvo una cátedra en la Universidad de Münster, en Alemania. En uno de sus viajes al continente americano, le sorprendió la muerte en Quito (Perú). Realizó diversas publicaciones, siendo tal vez la más conocida un estudio sobre los sentimientos de inferioridad. También tradujo y escribió introducciones para estudios del pensamiento de su

maestro, como la biografía de Ph. Bottome, *Alfred Adler, apóstol de la libertad* (1952), o para la traducción del trabajo de aquel sobre *El problema del homosexualismo...* (1936).

En 1931, en una importante revista alemana, el *Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie*, publicó un breve artículo, “Ortega y Gasset über Alfred Adler und über die Individualpsychologie” (Oliver Brachfeld, 1931). En el mismo, refería que en la mentada entrevista, al llegar a un cierto punto, el filósofo había emprendido un singular monólogo, ante el cual el interlocutor se había apresurado a escuchar y a tomar nota del mismo. Y el resto del artículo aproximadamente una página de la publicación, ofrecía un texto entrecortado en que Ortega resumía sus ideas sobre la obra de Adler. El texto, interesante por demás, ha sido reeditado en forma de un breve artículo con la firma de Ortega, y aparecido en el *Journal of Individual Psychology*, en 1971 (Ortega, 1971). En esta ocasión ha aparecido acompañado de otros artículos de especialistas coincidentes en examinar la relación entre esos dos pensadores (Stern, 1971; Waldman, 1971).

Retengamos ahora los principales puntos de esa declaración.

### La declaración de Ortega

Comienza Ortega diciendo que sus ideas (*Auffassung*) “coinciden completamente” con las de Adler, cuya obra conoce y ha seguido en su desarrollo. A su juicio, cree que la psicología debe investigar las líneas maestras que guían cada vida individual. Ha de ocuparse ante todo de las metas vitales de cada cual. Y desde ese conocimiento del todo vital es desde donde hay que plantear el sentido de los fenómenos y contenidos parciales.

La psique es el aparato que permite vivir. Por eso ha de ser estudiada de un modo, a la vez, dinámico, integral y concreto. Rechaza, pues, una psicología elementalista al igual que otra que esté puramente centrada en el estudio de las funciones psíquicas separadas o aisladas.

El tema de la psicología ha de ser la vida; será la ciencia del vivir mismo. Ello implica estudiar a la vez la psique y el mundo hacia el cual nos orientamos y en el cual y con el cual vivimos.

De este modo, y en forma sintética, declara su interés por la obra de Adler, que ve como una observación dinámica y holista de la vida psíquica, y que, como también piensa Ortega, hace de la psicología “la ciencia del vivir”. De este modo, en esas breves líneas, no sólo testimonia su aprecio al psiquiatra, sino que caracteriza con breves trazos todo un amplio cúmulo de reflexiones propias que a lo largo de muchos años dedicó a los temas psicológicos.

## Ortega y la psicología

Conviene tener presente el profundo y constante interés que sintió Ortega por los temas psicológicos. Recuérdese que ya en 1915 pronunció una serie de lecciones sobre “Sistema de la psicología”, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid (VII, 429 y ss.), a la que siguieron otras, a que hace referencia en algunas ocasiones (e. g., II, 418 n.) y de las que tenemos prueba fehaciente en muchas páginas de *El Espectador* (II), y en otros lugares de sus obras (mencionemos, a guisa de ejemplo, “Vitalidad, alma, espíritu”, “Sobre la expresión, fenómeno cósmico”, “Estudios sobre el amor”, “Psicoanálisis, ciencia problemática”, entre otros). Incluso habló en alguna ocasión de “nosotros, los psicólogos”, y criticó la que consideraba como una “escandalosa” pobreza de conceptos que le parecía hallar en las obras psicológicas de su tiempo, haciendo esfuerzos por remediarla en sus clases (II, 419; VI, 155, 1.<sup>a</sup>) y en sus libros.

Y notemos también que incluso le cupo alguna parte en el proceso de institucionalización de la psicología en nuestro país. En efecto, tuvo importancia su participación en la fundación de los *Archivos de Neurobiología*, la primera revista especializada en España que incluyó la psicología entre sus campos temáticos. Colaboró en ello con sus amigos los psiquiatras G. Rodríguez Lafora y J. M. Sacristán (Carpintero, 2004). También incorporó artículos sobre psicología en su *Revista de Occidente*, y editó traducciones de obras psicológicas importantes en la editorial del mismo nombre. Ya he recordado su papel decisivo en la publicación de las obras completas de Freud en la editorial de su amigo José Ruiz Castillo, Biblioteca Nueva. También asesoró y apoyó a su amigo el psiquiatra y psicólogo José Germain, en la creación de la *Revista de Psicología General y Aplicada*, en 1946, y en sus esfuerzos por recuperar la psicología científica tras el descalabro que padeció con la guerra civil (Carpintero et al., 2000).

El interés por la psicología tenía motivaciones profundas. Su primera preocupación filosófica lo constituyó el idealismo y su posible superación. Cabe decir, de un modo simplificador, que desde los análisis de la conciencia intencional, de Brentano, y la fenomenología de Husserl, vino a parar a una idea de la subjetividad como estructura esencialmente abierta al mundo objetivo; otros estímulos, entre los que sobresale la biología de von Uexküll, por ejemplo, le permitieron alcanzar a ver la condición estructural y complementaria de esa unidad que forma cada organismo con su mundo circundante, y a mayor abundamiento, el hombre y su circunstancia (Marías, 1983, 350 y ss.). Al cabo, su meditación reflexiva le iba a llevar al descubrimiento de la vida, o mejor, de “mi vida”, como “realidad radical”, aquella en que todas las demás aparecen radicadas. Tanto el mundo como el propio yo se han de dar en mi vida para ser reales, y es mi vida el ámbito donde se constituye o al menos se anuncia toda otra

realidad. Todo ello lo condensa en su tesis básica, tan conocida, de las *Meditaciones del Quijote*, según la cual “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”.

Esa vida es una realidad dinámica, un sistema de interacciones con el mundo, “lo que hacemos y lo que nos pasa” al tratar con éste. “Vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él” (II, 705); lo que sucede es que esa interacción se hace poniendo en juego unas estructuras y unas funciones que permiten la realización de ese drama vital, al posibilitar el trato con el mundo y la construcción personal. Abreviadamente, son las estructuras psicósomáticas, profundamente interconexas entre sí, las que posibilitan ese contacto con la circunstancia. De esta suerte, las dimensiones psicofísicas de la persona, que importan a la psicología, vendrían a tener un lugar “radicado” en la vida, como órganos mediacionales en la interacción yo-circunstancia.

El estudio de esas funciones psicológicas, tan determinantes de la concreción del proceso vivido, aparece aquí caracterizado con rasgos bien definidos. Ortega demanda una psicología centrada en el vivir, que sea dinámica, integral y concreta. De todo ello hallamos declaraciones semejantes en otras obras suyas, que confirman la validez de estas tesis.

En el trabajo que comentamos añade interesantes precisiones. Para empezar, ha de ser una psicología concreta, porque no hay más vida plena que la vida concreta, la vida de cada uno, la mía, la de cada cual. “No hay vida en abstracto” (V, 93) dice en otro de sus escritos de modo terminante.

También ha de ser integral. Esto ha de entenderse en el sentido de una concepción no elementalista, que no divida la psique en átomos –por ejemplo, las sensaciones– ni en funciones aisladas y diversas. Con toda energía hallamos dicho esto también en *El Espectador*: “yo creo superada en principio por la ciencia actual esa propensión mecanicista, y me parece más fecunda una teoría psicológica que no atomiza la conciencia explicándola como mero resultado de asociaciones y disociaciones entre elementos sueltos”. Y añade: “Vamos, en psicología como en biología general, a intentar el ensayo opuesto: partir del todo psíquico para explicar sus partes. No son las sensaciones –los átomos psíquicos– quienes pueden aclarar la estructura de la persona, sino viceversa: cada sensación es una especificación del Todo psíquico” (II, 567).

En buena medida, esas ideas se corresponden estrechamente con su conocida y manifiesta afinidad con las tesis de la Psicología de la *Gestalt*. Ésta había hecho famosa su tesis de que “el todo es más que la suma de sus partes”, y que había de ser desde la totalidad de la vivencia psíquica como se había de plantear el sentido de sus contenidos y elementos integrantes. Prueba evidente de tal afinidad la tenemos en la edición del libro de K. Koffka *Bases de la evo-*

*lución psíquica*, en Revista de Occidente (1926), o en el comentario a las conferencias de W. Köhler en España sobre las experiencias realizadas con chimpancés en Tenerife (IV, 170-174). Por otro lado, adviértase que la idea de que habría siempre que hacer un análisis *top-down* de los procesos psíquicos, yendo de la totalidad concreta para llegar a los elementos, era también una tesis central en el pensamiento de Dilthey, que le era sumamente afín, y que aparecía prolongado en buena medida en la obra de Spranger, hecha traducir y editar por Ortega en español.

La tercera característica es que ha de ser una psicología dinámica. Porque “cada uno de nosotros es ante todo una fuerza vital”, y la vitalidad, o “alma corporal”, será “el plinto de la estatua espiritual, la raíz del árbol consciente” (II, 568). Es una concepción del psiquismo organizado en “estratos” (*Schichtentheorie*), del que éste sería el más básico sobre el que reposarían los superiores. Esa fuerza vital choca con el mundo real, que resiste, y que aparece así como algo esencialmente resistente. Ortega habla en múltiples ocasiones de la realidad como lo resistente, una tesis que ya hallamos antes en figuras como Dilthey, y como Maine de Biran, y que, por otro lado, permite comprender las afinidades, limitadas pero positivas, que iba a mantener con la psicología dinámica de Freud, y también de Adler, que es lo que aquí interesa.

Ese dinamismo vital tiene un carácter singular: hay que actuar, hay que hacer algo, porque la vida “nos es dada vacía”, carente de ese sistema operativo que es el instinto o la “naturaleza” del animal y que da a éste una conducta prefijada y estructurada, ante sus diversas situaciones. En cambio, “el hombre tiene que inventarse sus quehaceres u ocupaciones”, de suerte que “existir se convierte para el hombre en una faena poética...: inventar a su existencia un argumento...” (VI, 271-272). Ahí está el núcleo de su esencial libertad. A esa libertad ha de darle un argumento, con sus correspondientes metas o fines desde las que habrá que tratar de entenderle, pues sólo desde esos fines o metas cobra la vida un sentido para cada uno.

En esa tarea de invención de sí mismo, cada uno comienza por aprovechar la interacción con las otras personas, los otros yoes, y los modelos que ahí encuentra. Se le presentan innumerables formas de ser persona, y hay que decidir la figura de la propia vida, desde la que las sucesivas etapas o pasos cobran sentido.

La vida elegida tiene una cierta figura de totalidad. Como gustó de decir en alguna conferencia: “Sean cuales fueren los motivos que les han movido, siempre consistirán en que han decidido ustedes hacer esto ahora –venir aquí, ser mis oyentes– porque piensan mañana hacer y ser tal otra cosa y esto, a su vez, porque para pasado mañana u otro día, premeditan otro hacer y otro ser, y así sucesivamente, con más o menos claridad y precisión, han anticipado ustedes

para decidir lo que iban a hacer esta tarde la línea entera de su vida tal y como hoy se presenta ante ustedes. Por eso, porque tenía sentido como eslabón en la cadena de su vida integral, han decidido este hacer que es oírme ahora. Queramos o no, decidir un acto implica para el hombre hallar la justificación de él ante su propio espíritu y esta justificación consiste en ver que este acto nuestro es un buen medio para lograr otro que aparece como fin de aquél, pero este otro, a su vez, es medio para otro, y así hasta el último que podemos anticipar.” (VI, 465).

De lo contrario, será la elección inconsistente, carente de fundamentación, al menos de toda fundamentación que no sea el mero capricho. Y el capricho en este tema lleva aneja la inautenticidad:

La vida es quehacer y la verdad de la vida, es decir, la vida auténtica de cada cual consistirá en hacer lo que hay que hacer y evitar el hacer cualquier cosa. Para mí un hombre vale en la medida que la serie de sus actos sea necesaria y no caprichosa (V, 86).

Frente al abanico mayor o menor de posibilidades en que la vida consiste, surgen dos actitudes extremas: la propia de la vida auténtica, que es la estrictamente propia de cada cual y llena de sentido para él, o la inauténtica, que haría de cada existencia la vida de “cualquiera”, esto es, una vida despersonalizada, traída y llevada por los impulsos del azar.

Los motivos que mueven a los hombres son diversos; pero en todo caso para Ortega la reducción de la motivación a la sexualidad –el “pansexualismo”, desde el que fue desde muy pronto interpretada la obra freudiana–, iba a representar una “grotesca ampliación de la génesis sexual a toda la vida de la conciencia” (II, 247 n.). Al entender la vida como una fuerza o un dinamismo originario, esa vida, dirá Ortega, “nos aparece siempre como un esfuerzo”, una tensión ejercida sobre el contorno. Se trata de una fuerza, de un esfuerzo, de una tensión de autorrealización. Lo interesante es que ese esfuerzo podrá ser hecho “por la simple delectación de hacerlo”, o bien como respuesta a una necesidad. En este contexto, con frecuencia recordará y citará el pensamiento de Goethe: “es el canto que canta la garganta el pago más gentil para el que canta” (II, 707). Al hacerlo, anticipaba finamente algunas tesis muy posteriores del psicólogo humanista Abraham Maslow, que vino a distinguir entre la motivación ligada a un déficit orgánico o psíquico frente a aquella otra nacida de la exuberancia y la originalidad creativas. Y ese despliegue de la propia potencia, que lleva anexo “el premio mejor”, en ningún caso se reduce a contenidos sexuales, sino a la propia autoafirmación y al despliegue creativo propio e irreductible de cada persona.

## Una primera coincidencia con Adler

Es bien sabido que en el desarrollo de la psicología dinámica, Adler es uno de los más notables pioneros que se sintieron atraídos por la visión del hombre como ser dinámico, que proclamaba la obra freudiana. Ésta ofrecía la idea de un ser constituido por un impulso, que busca satisfacer (principio de placer), y que ha de ajustarse a las condiciones y limitaciones de lo real (principio de realidad). Ese ajuste, si bien genera una adaptación consciente al mundo (conciencia), mantiene en las profundidades del inconsciente las raíces de esos impulsos, y aquellos otros cuya posible aparición generaría dolor y son por ello censurados, y se mantienen como origen de conflictos que pueden alcanzar a perturbar la vida consciente. El fondo de ese mundo impulsivo freudiano es instintivo, busca el automantenimiento, y en una dimensión esencial, se manifiesta como impulso sexual. En esas raíces sexuales encuentran su origen innumerables formas de patología psíquica. Sólo la superación del conflicto o conflictos latentes puede devolver al individuo a una existencia normal.

Adler por su parte halló que el conflicto radical surgía del enfrentamiento del sujeto con un mundo otro y en muchos casos hostil, y de resultados del cual nacía una autovaloración del sujeto, basada en la previa eficacia o ineficacia de sus respuestas. A partir del estudio de ciertos casos patológicos, singularmente las minusvalías o taras orgánicas, que generaban un proceso neurótico en quien las padecía y se sentía incapaz de dominarlas, fue ampliando esa visión del sujeto como ser activo. Lo veía esencialmente influido por su propia imagen y autoestima, y movido, por distintos caminos, a lograr la superación de la deficiencia, bien mediante la directa respuesta con éxito, o mediante los rodeos y suplantaciones, que buscan una compensación sustitutoria. En todo este proceso, la autoestima viene a ocupar el lugar central que antes tenía la libido freudiana.

Cada individuo ha de hallar su modo de enfrentar los problemas; ha de construir su propio "estilo vital". La finalidad de la psicología no será otra que el análisis de los modos posibles de surgir y superar los conflictos que asedian al ego con el mundo en torno. En esa ordenación de la vida, todos sus elementos cobran un "sentido", de suerte que toda vida, a última hora, está gobernada por el sentido, que incluye no sólo la meta vital sino las formas metódicas de resolución de los retos y dificultades. De ahí que lo importante para Adler sea el uso de los medios y recursos (una "psicología del uso") más que la simple posesión de facultades o habilidades (Adler, 1979, 86; Ansbacher y Ansbacher, 1964, 205).

Precisamente uno de los casos más notorios de deficiencia en el uso de los recursos, por parte de un individuo, aparece en el desarrollo de lo que se ha venido a llamar "el niño mimado".

## El niño mimado

Sucede que en la adquisición de los recursos con que enfrentar los problemas, la sociedad es el instrumento o recurso básico de que el individuo puede echar mano. En su nivel inicial, es el entorno familiar el que ayuda, protege –y en ocasiones estimula y reta–; en su seno surgen afectos básicos. La protección puede ser de tal naturaleza que incite al individuo a no salir al mundo exterior, y le empuje a permanecer encerrado en su círculo de infancia. La sobreprotección familiar al niño conduce, en innumerables casos, al surgimiento de un individuo neurótico, incapaz de afrontar el mundo adulto al que habría de ajustarse.

El niño mimado, así, tendería a perseverar en un mundo privado, holgado y familiar, dominado por un temor al choque con la realidad externa a ese círculo íntimo. En cambio, el ser “normal” habría llegado a asumir valores y modos de acción comunes a la sociedad en que se inserta, y con ello habría incorporado a su marco de valores y normas un factor clave de comunidad. Como dice en un cierto texto, “El sentimiento de inferioridad, la tendencia hacia la superación y el sentimiento de comunidad, son los pilares básicos de la investigación psicológicoindividual” (Adler, 1935, 30).

Para él, el “niño mimado” resultaba una buena figura o modelo para entender la personalidad neurótica. Se trata de un ser para el cual el mundo que le ha rodeado en su infancia ha sido todo facilidad, sin resistirse a capricho suyo alguno, de manera que la madre, generalmente pieza clave en la creación de esa atmósfera artificial, ha creado una situación que el niño va a vivir con “pro-pensión a desarrollarse en un sentido de parasitismo (explotación), esperándolo todo de los demás” (Adler, 1935, 125). Y añade: “deseará poner a todo el mundo a su servicio” (*ibid.*, 126). Esa pretensión por fuerza choca cuando se aplica a personas del mundo exterior al círculo de intimidad, y que por tanto no se sienten impulsadas a ceder a las exigencias que el niño les presenta. Ese niño criado en un espacio lleno de afecto consentidor, que a nada se opone ni nada rechaza, adquiere así una “manía de oprimir a todo el mundo” (*idem*). Lo que sucede es que el mundo normal y real, en que el niño, al desarrollarse, habría de incorporarse, y al que debería adaptarse, no se presta a tales demandas, y éstas resultan infructuosas, fallidas. A partir de ese choque con la realidad, y dado que ésta no se pliega, el niño mimado inicia la retirada, “antes o después de haber sufrido la correspondiente derrota” (*idem*). El resultado es un alejamiento del mundo, un enquistamiento en el pequeño mundo de la intimidad acogedora, y una vida emocionalmente alterada. “Como una persona que viviera continuamente en país enemigo, mostrará hipersensibilidad, impaciencia, falta de constancia, inclinación a explosiones afectivas, y una manera de ser ávida y avara” (*idem*).

Por otro lado, el niño acaba por transferir al mundo externo las actitudes y modos que emplea en su mundo familiar. Llega a creerse con derecho a reclamar con impertinencia lo que los demás no tienen por qué concederle, y en lugar de vivir orientado a la colaboración social, y asumir una comunidad de intereses y valores, se refugia en un “estilo vital” anómalo, patológico, en perpetuo choque emocional con lo que es el mundo real que le rodea.

En la comunidad se combinan, enfrentan y conciertan los distintos proyectos y pretensiones, y con ello, el fortalecimiento de cada autoestima está ligado a una consolidación, mayor o menor, de la “voluntad de poder” que ya señalara Nietzsche como núcleo de la persona (Ansbacher y Ansbacher, 1964, 111).

En realidad, ese poder va ligado al hecho de ser la vida una realidad dinámica en despliegue o desarrollo (“vivir quiere decir desenvolverse”, Adler, 1935, 227), y por ello mismo, orientada hacia alguna meta y dotada de un cierto “estilo de vida” que es “el movimiento consistente hacia una meta” (Ansbacher y Ansbacher, 1964, 173).

Es visible en todo esto la coincidencia que aparece entre estos dos pensadores. Dinamismo, proyectividad, autoestimación, autorrealización, orientación a la vida, concreción sobre la totalidad, son notas que muestran esa convergencia. Pero aún hay más.

En efecto, el tema del “niño mimado” (*pampered child*) también aparece en la obra orteguiana. Podemos verlo como un nuevo elemento concreto que explicita la relación entre ambas doctrinas.

En la obra orteguiana, este tema surge en el contexto de sus reflexiones sobre el “hombre masa”, en su obra central de *La rebelión de las masas*. En este estudio, Ortega se planteó, entre otras cosas, el describir el tipo humano que creía hallar dominando en las sociedades contemporáneas —en 1930, nótese bien—, y que denominó “hombre masa” (Carpintero, 1984). Y lo interesante es que allí declara, abiertamente, que el esquema del “niño mimado” sirve “como una cuadrícula para mirar a su través el alma de las masas actuales” (IV, 408).

Bastaría esta comparación para darse cuenta de que el tema que el filósofo se traía entre manos en aquel libro no se refería a clases sociales altas o bajas, ni a las masas sociales protagonistas de los “movimientos de masas”, sino que buscaba la descripción de un tipo peculiar de personalidad, la de un ser inerte y no creativo, imitador y despersonalizado, que en su opinión estaba llenando las sociedades occidentales de los años 30, y estaba muy lejos de aquel otro sujeto individualizado, activo, creador, que va movido por motivos y proyectos y vive desde sí como un ser auténtico.

Este estudio recoge rasgos del niño mimado muy semejantes a los adlerianos. Se lo ve, efectivamente, como un ser al que se le han permitido todos sus deseos, en un proceso de expansión sin freno, en que ha terminado por creer

que no debe nada a nadie, ni ha de cumplir ningún deber en compensación de todos los beneficios que ha obtenido. Le caracteriza, sobre todo, una “radical ingratitud” (*idem*). No se trata en este esquema de un niño cuya madre le malcria, sino de un niño que es educado en el seno de una sociedad que posee recursos, pero no impone normas, ni cree en los valores de la gratitud, del respeto, de la disciplina. Ciertamente, éste no es un ser neurótico, pero está muy cerca de ser un psicópata, en cuanto que no ha sido condicionado ni ha adquirido unas normas de disciplina ni unas reglas de conducta, y a todo ello une la carencia de un sentido de comunidad y de disciplina. Y hasta aquí las semejanzas y coincidencias.

### Psicologías del uso y naturaleza humana

Hay otra honda semejanza entre ambos pensadores, en relación con el problema de la naturaleza humana, que se plantea al hilo de la cuestión de las supuestas “facultades” psíquicas. Tradicionalmente se pensaba que éstas serían, en principio, dotes o capacidades que el sujeto posee como parte integrante de lo que sería su “naturaleza”, y de las que podría disponer para resolver las dificultades que le plantea la existencia. Serían su haber psicológico, y su reconocimiento vendría a constituir una “psicología del haber” fundada en una aceptación de una cierta “naturaleza” psíquica.

Resulta en cambio que ambos autores, cada uno a su modo, vinieron a rechazar el nativismo ínsito en esa doctrina, para declararse a favor de una concepción menos esencialista y más abierta a la condición autoconstructiva de la actividad del sujeto. Éste se iría determinando en su propio proceso en contacto con la situación.

Ortega sostuvo una conocida tesis radical, según la cual el ser del hombre no es una sustancia o naturaleza, sino que consiste en drama, en dinamismo: el drama de su vida. “El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama –su vida, un puro y universal acontecimiento” (VI, 64). Ni siquiera se trata de “dotes fijas”. Por ejemplo, reflexionando sobre la realidad del pensamiento, sostuvo que es una actividad que pone en contacto al hombre con lo real, y permite saber a qué atenerse. Sin embargo, el “quehacer” que éste representa puede llegar a cumplirse mediante múltiples operaciones. Así llega a decir, en *La idea de principio en Leibniz*, que “para los negros de África filosofar es bailar” (IX, 1131), porque es esa actividad la que a ellos les pone en relación con el ser trascendente, y de algún modo les da el saber que necesitan para estar seguros en su obrar.

En lugar de encontrarnos ante una psicología de las “dotes”, estamos ante otra bien distinta que ve el pensar como una “instrumentalidad” adquirida –obviamente por aprendizaje, incluso por aprendizaje de ensayo y error en muchos casos, y desde un determinado horizonte de creencias históricas. Antes que ser naturaleza, el hombre en realidad es historia.

¿Y qué sucede en el caso de Adler? Pues que también él se declara en favor de una psicología del “uso” (*Gebrauchpsychologie*) en vez de una psicología de la “posesión” (*Besitzpsychologie*). “La dirección y la utilización dirigida de los instintos, e impulsos, así como de las impresiones del medio y de la educación, son obra artística del niño y no pueden ser comprendidos en el sentido de una «psicología de la posesión», sino sólo en el de una psicología del uso” (Ansbacher y Ansbacher, 1964, 105). Es decir, el sentido de los impulsos que mueven a la acción no vendrá dado por un “mecanismo” o estructura que pertenezca y le haya sido dado al sujeto de modo innato, sino que se configura y dispone desde las acciones que un genérico sistema de respuesta pondrá en marcha y que se irá reorganizando a partir de sus resultados. “Nosotros nos determinamos a nosotros mismos mediante los sentidos que damos a las situaciones” (Ansbacher y Ansbacher, 1964, 208). La Psicología individual enfatiza la apropiación creativa de las experiencias, y por eso, “cualquiera puede lograr cualquier cosa” (*ibid.*, 400). Precisamente porque no están fijadas todas las piezas del mecanismo es por lo que se abre un margen a la innovación y creatividad, y nadie tiene ni el rumbo ni el techo marcados.

Ambas posiciones, pues, en mayor o menor grado, cuestionan la idea de la naturaleza humana, y ponen el acento en la flexibilidad operativa, y la dimensión creativa e innovadora de la conducta del sujeto humano, justamente debida al hecho de que en él no es tanto la herencia, sino el aprendizaje, el factor que construye la personalidad en continuo contacto con la realidad.

Ambas, ciertamente, se ajustaban plenamente al contexto de su época, a la cultura occidental de entreguerras, cuando un amplio sector de investigadores del comportamiento, entre los que habría también que incluir al conductista J. B. Watson y a otros pensadores empiristas, buscaban dar explicaciones de la conducta en términos de entrenamiento y aprendizaje (Watson, 1961, 100).

## El lugar de la autoestima

En un conocido estudio sobre *Los sentimientos de inferioridad*, Oliver Brachfeld, el mencionado discípulo de Adler, insiste en la proximidad intelectual entre Ortega y su maestro, en relación con el punto preciso de la autoestima y los sentimientos de inferioridad.

Toma para ello como base el ensayo orteguiano “Para una topografía de la soberbia española”, que apareció en 1923 en la *Revista de Occidente*. Allí, a cuenta del análisis de la pasión de la soberbia, formula su tesis de la existencia permanente en cada sujeto de un sistema de estimaciones que establece automáticamente –por tanto, en la mayoría de los casos, de un modo inconsciente– la posición jerárquica relativa en que los demás sujetos se hallan en relación a nosotros mismos.

Escribe:

“en el último fondo de nuestra persona llevamos, sin sospecharlo, un complicadísimo balance estimativo. No hay persona de nuestro contorno social que no esté en él inscrita juntamente con el logaritmo de su relación jerárquica con nosotros. Por lo visto, apenas sabemos de un prójimo, comienza tácitamente a funcionar la íntima oficina: sopesa el valor de aquél y decide si vale más, igual o menos que nuestra persona” (V, 176).

Ese mecanismo de estimación, prosigue, es el responsable de la puesta en marcha de los sentimientos de soberbia, o bien de humilde reconocimiento de una posición secundaria o subalterna en relación a aquellos otros con que nos comparamos. Ahora bien, éste es también el mecanismo que, a juicio de Oliver Brachfeld, toma Adler como pieza central en su sistema, al hacer de la inferioridad y la dependencia de la cría respecto de los otros un factor directivo de la existencia. Éste estaría operando a lo largo del desarrollo, y esencialmente vinculado a la capacidad mayor o menor de ajustarse socialmente a fines y metas colectivos. Del éxito social que se logre, en definitiva, viene a nacer el sentimiento y magnitud del propio valor (Ansbacher y Ansbacher, 1964, 155).

En ambos casos, hallamos un proceso autoevaluativo que determina la percepción subjetiva de un determinado “nivel” de competencia y valor. “Ese sentimiento del nivel –dice Oliver Brachfeld– es el que da lugar a los sentimientos de inferioridad”. Y añade: “discurriendo sobre el tema, Ortega llega al mismo resultado [...] que la escuela adleriana” (Oliver Brachfeld, 1944, 389). Ambos sistemas muestran también por ahí su dependencia o coincidencia con las doctrinas afirmadoras del lugar central del valor en la vida humana, como son las de un Nietzsche o un Scheler.

La preeminencia de la función autoevaluativa va ligada, en ambos casos, a una afirmación enérgica de la construcción social de la personalidad individual. Y con ello, de su radical historicidad.

## La sociedad y el poder. La dinámica generacional

Todavía cabría considerar algún otro aspecto del pensamiento orteguiano que me parece que guarda alguna relación, más o menos directa, con la visión dinámica adleriana de la realidad social. Me refiero a la dinámica generacional.

Se trata de una cuestión central en su pensamiento. Como es notorio, la teoría de las generaciones viene nada menos que a hacer posible un “galileismo” en la historia, y con ello un cierto apriorismo que robustezca su dimensión científica. Ésta es la cuestión central que plantea en su *En torno a Galileo* (VI, 367 y ss.). En la medida en que los individuos de una sociedad adquieren determinadas características comunes por su pertenencia a una determinada generación, a un cierto nivel en el tiempo histórico, resultará posible un apriorismo categorial en el estudio del devenir social. En efecto, la cuadrícula generacional vendría a aportar el esquema formal genérico dentro del que habría luego que inscribir las vidas singulares. Las generaciones, nótese bien, hacen posible así una verdadera ciencia de la historia.

Ahora bien, ese apriorismo viene dado porque el individuo adquiere un sentido de comunalidad que le sitúa en su grupo colectivo temporal correspondiente. Esa comunalidad no es sólo de contenidos “materiales” –experiencias compartidas, modas sociales, noticias y eventos presenciados a una cierta y semejante altura de la edad–, sino que, por encima de todo ello, la dinámica de las generaciones está esencialmente referida a la dimensión básica del poder social. La pertenencia a una generación no sólo marca al individuo con ciertas vivencias comunes, sino que lo sitúa dentro de un sistema relacional de dominio y poder social, por el cual, o bien se halla situado en el ejercicio de ese poder, o se moviliza juvenilmente para conquistarlo, o procura conservar los restos que de él le queden tras sufrir el derribo y desalojo llevado a cabo por la generación siguiente cuando llega al poder. Se trata de una dinámica de poder, de búsqueda, logro y sustitución en el ejercicio del dominio social, en que las generaciones se suceden, y en ella, inevitablemente, se ven sumidos los individuos, con todas las particularidades que cada caso individual lleva siempre consigo.

La contemplación de la dinámica social como dinámica de poder, mantiene hondas relaciones de analogía con las ideas adlerianas. El acento sobre el peso de la dimensión social de la vida humana le llevaría en ocasiones a Adler a decir que “La comunidad [...] eternamente nos llama, nos atrae y nos muestra el camino a seguir” (Bottome, 1952, 263); pero ese factor normativo no puede separarse de la interpretación dinámica general de la vida, que busca ir desde la insuficiencia o minusvalía al dominio y superación, no sólo en el plano individual sino también en el social. “En la psicología del grupo, tenemos ante todo

que contar con un esfuerzo por superar una situación de minusvalía (*a minus-situation*)” (cit. en Ansbacher y Ansbacher, 1964, 448). De esta suerte, la psicología de la vida social habría de combinar una clara construcción de una comunidad de sentimiento (*Gemeinschaftsgefühl*) con un proceso de aspiración y búsqueda del poder, como vía para superar aquella situación de “minusvalía” de carácter estructural, que afecta a todo grupo social que inicia su existencia histórica, y se encuentra bajo la dominación de “sus mayores”, esto es, de la generación precedente.

Es ésta, a mi juicio, una interesante similitud. Ciertamente, la sociología orteguiana no salió, por lo que sabemos, de las ideas adlerianas. Pero no cabe duda que, supuesto el interés que Ortega declaró tener acerca de las ideas del psiquiatra vienés, la visión de una dinámica de “agresión” y asalto al poder, y de comprensión de la convivencia desde el conflicto generacional, se combinaba bien con algunas de las ideas aquí mencionadas.

El interés por Adler atrajo en España a varios otros grupos intelectuales, dedicados unos a temas educativos –como Lorenzo Luzuriaga, o como Juan Jaen y José Peinado– o bien a otros jurídicos –como Luis Jiménez de Asúa, o Quintiliano Saldaña, entre otros– (Carpintero y Mestre, 1984). Tuvo como inmediata consecuencia matizar y modular el influjo inicialmente intenso del freudismo, potenciado por la edición que Ortega recomendó y apoyó. La diversa inspiración de esos sistemas por fuerza enriqueció las nacientes antropología y psicología de nuestro país.

Este capítulo, breve, de historia de las ideas, muestra cómo a través de Ortega, y de su enorme receptividad a las ideas novedosas de su tiempo, llegaron nuevos estímulos que mantuvieron a la sociedad española alerta a lo nuevo del tiempo y la cultura, durante unos años, antes del desastre representado por la guerra civil.

Y muestra también cómo, en su filosofía, encuentran eco muchas de las grandes ideas que hallamos arraigadas en la psicología y la antropología de nuestro tiempo. ●

*Fecha de recepción: 24/01/2012*  
*Fecha de aceptación: 25/04/2012*

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADLER, A. (1935): *El sentido de la vida*. Barcelona: Miracle.
- (1936): *El problema del homosexualismo y otros estudios sexuales*. Barcelona: Apolo.
- (1975): *Conocimiento del hombre*, 6.ª ed. Madrid: Espasa Calpe (1.ª ed., 1931).
- (1979): *Superiority and social interest. A collection of later writings*, ed. de ANSBACHER, H. y ANSBACHER, R., 3.ª ed. New York: Norton.
- (1980): *Estudios sobre la inferioridad de los órganos*. Barcelona: Paidós.
- ANSBACHER, H. y ANSBACHER, R. (1964): *The Individual Psychology of Alfred Adler*. New York: Harper Torchbooks.
- BOTTOME, P. (1952): *Alfred Adler, apóstol de la libertad*. Barcelona: Miracle.
- CARPINTERO, H. (1984): "Ortega y su psicología del hombre-masa", en J. MARIAS, et al., *Un siglo de Ortega y Gasset*. Madrid: Editorial Mezquita, pp. 117-129.
- (2004): *Historia de la psicología en España*. Madrid: Pirámide.
- CARPINTERO, H. y MESTRE, M. V. (1984): *Freud en España*. Valencia: Promolibro.
- CARPINTERO, H., MIRANDA, E. y HERRERO, F. (2000): "Ortega y Germain. Una relación significativa en la influencia de Ortega en la reconstrucción de la psicología española de posguerra", *Revista de Estudios Orteguianos*, 1, pp. 67-94.
- EYSENCK, H. J. (1986): *Decline and fall of the Freudian Empire*. Harmondsworth: Penguin.
- GRÜNBAUM, A. (1984): *The foundations of psychoanalysis. A philosophical critique*. Berkeley: University California Press.
- MARIAS, J. (1983): Ortega. *Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza.
- MESTRE, M. V. y CARPINTERO, H. (1988): "Unas notas sobre la entrada de Adler en España", *Revista de Historia de la Psicología*, 1, pp. 47-64.
- OLIVER BRACHFELD, F. (1931): "Ortega y Gasset über Alfred Adler und über die Individualpsychologie", *International Zeitschrift für Individual Psychologie*, 9, pp. 139-140.
- (1936): "Prólogo", en A. ADLER, *El problema del homosexualismo y otros estudios sexuales*. Barcelona: Apolo.
- (1944): *Los sentimientos de inferioridad*. Barcelona: Apolo.
- (1952): "Adler y los destinos de la «Psicología del Individuo»", en P. BOTTOME, *Alfred Adler, apóstol de la libertad*. Barcelona: Miracle.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1971): "Adler's Psychology: Science of Living", *Journal of Individual Psychology*, 27(2), p. 134.
- (2004): *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- STERN, A. (1971): "Further considerations on Alfred Adler and Ortega y Gasset", *Journal of Individual Psychology*, 27(2), pp. 139-143.
- WALDMAN, R. (1971): "Convergence of concepts of Adler and Ortega y Gasset", *Journal of Individual Psychology*, 27(2), pp. 135-138.
- WATSON, J. B. (1961): *El conductismo*, 3.ª ed. Buenos Aires: Paidós.

## ADLER'S PSYCHOLOGY: SCIENCE OF LIVING<sup>1</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET (1883-1955)

My views completely agree with those of Adler. I followed Adler's work from the beginning with great interest and have read all his books. Once a Spanish translation was discussed; but I had to travel and then nothing came of the matter and it was forgotten<sup>2</sup>.

You will probably know, if you have read my works, that I demanded from the start a dynamic and integral [holistic] conception of psychology, a self-consistent observation of the human psychic life, as I found it in Adler's psychology.

There is no doubt that the limitation of psychology to "elementaristic psychology", which considers only the *elements* of psychic life, was based on an error. Psychologist soon became aware of this and extended their studies to the *functions* of psychic life. For Külpe and his school psychic function was a reality. He did not realize that if one considers only the separate functions, one actually commits the same sacrilege as the elementarists.

The goal of a real psychology can only be to investigate the ultimate guiding lines of each individual life. The first basic condition is to start neither from elements nor from functions. What we need to know before anything else are *each man's vital goals*. How has he posited his goal, his life destinations? Only this can be our first question and our starting point. Only after we have solved this question may we go on and ask further questions. And only in this way are we capable of understanding also the partial phenomena of a psychic life and the meaning of all psychic contents.

Thus the three first and basic criteria psychology must meet are: it must be dynamic, it must be integral (aiming at consideration of the whole), and, what follows automatically from the first two preconditions, it must be concrete.

This attitude leads to a decisive step, which Adler has correctly recognized, namely, the discovery that psychology is not only the science of the psyche, but the science of living itself. The psyche is only one side of life, the apparatus through which one lives. Psychology must, however, beyond this, consider still something else, namely, the world toward which one lives (*el mundo hacia que se vive*). To live is to be occupied with the world, to turn towards the world.

<sup>1</sup> Interview by Oliver Brachfeld, in spanish, translated from the German version in *Int. Z. Indiv. Psychol.*, 1931, 9, 139-140.

<sup>2</sup> Since then, beginning with 1931, eight of Adler's books have been published in spanish.—Ed. note.